

MONSEÑOR FRANCISCO CASES ANDREU
OBISPO DE CANARIAS

HOMILÍA MISA CRISMAL
Martes Santo, 19 de Abril de 2011

Mi querido Hermano Ramón, Obispo, mis queridos Hermanos y Amigos todos. Llegue mi entrañable saludo en especial a los Sacerdotes, de especial protagonismo en esta celebración eucarística, que nos une en esta gran Epiclesis que es la Misa Crismal. Estamos reunidos para invocar juntos la fuerza del Espíritu, para que bendiga y consagre los Oleos y el Crisma que han de vertebrar la acción sacramental de la Iglesia diocesana.

En la Misa Crismal tomamos conciencia especialmente de que la vida de la Iglesia no depende de nuestra lucidez y fortaleza, sino de la Gracia del Espíritu. Tenemos necesidad de esta conciencia cuando los logros y los éxitos pastorales sosiegan nuestro espíritu; pero creo que tenemos más necesidad todavía cuando, como ahora, vemos vaciarse los bancos de nuestras comunidades, luchamos por convencer a nuestras gentes de que la oferta que les proponemos merece la pena, y observamos que pretenden contentarse con demandas de muy poca consistencia. Sentimos lejanos a los jóvenes, y algunos, más de los que quisiéramos, sienten que ya hace tiempo que se resignaron reconociendo que no sabían qué hacer para llegar a ellos.

En la Misa Crismal adquirimos una especial conciencia de que el ministerio sacerdotal, como instrumento de la acción evangelizadora que continúa realizando Cristo el Señor Resucitado, es ministerio del Espíritu. **Somos** lo que somos por la acción del Espíritu. **Vivimos** siguiendo a Cristo sólo por la gracia del Espíritu. Podemos hacer lo que **hacemos** porque el Espíritu asegura el fruto de nuestros gestos y nuestras palabras ministeriales. No somos *contratados* para realizar una tarea, que alguien tiene que hacer. No hemos firmado un contrato en el que se precisen los horarios y los plazos de nuestra labor, y se valore nuestra profesionalidad con la asignación de una nómina. La Iglesia no contrata empleados, aunque éstos sean voluntarios. La Iglesia busca en aquellos a los que confiará el ministerio evangelizador de Jesús los signos de la presencia del Espíritu. Y la llamada definitiva y el encargo no se realizan ante una mesa de despacho, sino en un templo, con la comunidad reunida en oración, para imponer las manos invocando el Espíritu sobre los corazones y las vidas de aquellos a los que quiere encargar la labor.

La Iglesia comprende, sabe en profundidad, que la tarea es irrealizable por manos humanas. Y unge esas manos humanas, porque no será la fuerza de sus dedos lo que conseguirá el fruto buscado. Y unge la cabeza del Obispo porque no serán sus criterios personales los que aportarán a la Iglesia los frutos que la enriquecerán. Con el Crisma que nos disponemos a consagrar hoy fueron ungidas nuestras manos sacerdotales, al tiempo que nos decía el Obispo: *Jesucristo, el Señor, a quien el Padre ungió con la fuerza del Espíritu Santo, te auxilie para santificar al pueblo cristiano y para ofrecer a Dios el sacrificio.*

Hace pocos días, comentaba con una consagrada las dificultades por las que pasaban al disminuir en número y en fuerzas; y me decía: Hay que tener más miedo a

terminar viviendo para uno mismo, conformándose, adaptándose a las rutinas diarias, que a cumplir años y verse por ello limitado y en dificultad para realizar la tarea necesaria.

Ciertamente el riesgo de las dificultades permanentes es que crezca en nuestro corazón la desgana, y que la desgana se prolongue. Y ante la desgana que dura, que se hace prolongada y constante, aparece el fantasma de la instalación, del detenerse en la mediocridad o en la derrota que se termina aceptando y nos inmoviliza. Y esa desgana, y la consiguiente instalación, pueden surgir porque se experimenta que es imposible humanamente la realización de los objetivos propuestos, y no se encuentran motivaciones suficientes que nos ayuden a reaccionar.

Por eso es importante que profundicemos en lo que nos pasa: se experimenta que es imposible humanamente la realización de los objetivos propuestos, y no se encuentran motivaciones suficientes que nos ayuden a reaccionar. ¿Cuáles son los objetivos que cada uno tiene como propuestos? ¿Tenemos realmente vida con objetivos, vidas con proyecto? ¿Se refieren a la tarea a realizar, o a nuestro crecimiento personal, o a ambas cosas? ¿O se refieren sola y exclusivamente a la tarea, porque desaparecieron o se desvanecieron en la noche de los mil fracasos y rutinas los objetivos de crecimiento personal que nos motivaron fuertemente en los años más jóvenes? Es este un riesgo nada fácil de evitar: el riesgo de dedicarnos al mantenimiento de obras materiales o de organización, porque hemos perdido el nervio necesario para encontrarnos con la gente como pastores inquietos por el bien y el crecimiento de las personas. Y, más en el fondo de todo esto, hemos perdido o se ha debilitado el impulso que nos hizo buscar la santidad en otros tiempos, el crecimiento en el conocimiento y la identificación con Jesucristo el Señor y Buen Pastor.

Les invito a mirar el momento presente como el momento de UNA NUEVA LLAMADA. Una nueva llamada a cada uno, y una nueva llamada a la comunidad eclesial diocesana. El apóstol Pedro nos sirve de referencia. Él dio el paso decididamente para dejar la barca y a su padre a la orilla del lago, en los inicios, y se convirtió en compañero de marcha del Rabino que había puesto sus ojos en los suyos, y le había dicho con voz firme: Sígueme. Pero esta relación con Jesús tuvo que madurar en muchos encuentros: es verdad que supo descubrir en el Nazareno al Mesías Hijo de Dios, pero quiso darle lecciones al Ungido sobre lo que debe aceptar y lo que no en el cumplimiento de su misión, y hasta se guardó una espada bajo el manto para tratar de defender con la fuerza a quien sólo quería triunfar venciendo en los corazones; caminó sobre las olas como sobre las mayores dificultades, pero se hundió en la presunción y pidió ayuda angustiado; se negó a que su Maestro y Señor le lavara los pies, porque veía menos digno el gesto de servir; prometió y alardeó sobre generosidades máximas de entrega de la vida, comparándose con todos sus 'débiles' hermanos, y bastó la provocación de una criada para poner al descubierto su vergonzosa cobardía; puso a disposición del Maestro su barca, su tiempo, su profesión, hasta que aprendió que el fruto de sus esfuerzos eran un regalo de su Señor.

La verdadera historia de Pedro con Jesús -como nos sucede a nosotros- empieza cuando toma conciencia de su limitación, su debilidad, su inutilidad, su incompetencia. Que nuestra relación personal con Jesús siga madurando en muchos encuentros. Hay toda una historia de vaciamiento de uno mismo. Hasta que descubrimos que **'todo es gracia'**, y no sólo las horas brillantes y los momentos que nos hacen sentirnos llenos,

realizados, sino también los fracasos y las caídas, los tropezones y los errores... a condición de que acertemos a descubrir la Presencia que llena nuestras vidas. **‘Todo es gracia’**. Es al vivir esa Presencia cuando escuchamos la palabra mágica de **la nueva llamada**: ahora, en la desgana, en el desaliento, en el desánimo, en el obstáculo que se presenta amenazante y se ve imposible de superar, en la dificultad que desafía nuestras fuerzas mermadas, en el callejón sin salida, *¿me amas? Pastorea mis ovejas*.

Hace bien al corazón escuchar esta sencilla pregunta, la única, la decisiva, cuando se han tirado tantas toallas en la tarea pastoral, dando por vencidas muchas luchas antes de emprenderlas. *¿Me amas? Pastorea mis ovejas*. Es extraordinario que la humilde audacia de Dios reduzca a tan poca pregunta lo que pide de nosotros. En la homilía de clausura del Año Sacerdotal nos lo recordaba con fuerza el Santo Padre Benedicto XVI: *Dios se vale de un hombre con sus limitaciones para estar, a través de él, presente entre los hombres y actuar en su favor. Esta audacia de Dios, que se abandona en las manos de seres humanos; que, aun conociendo nuestras debilidades, considera a los hombres capaces de actuar y presentarse en su lugar, esta audacia de Dios es realmente la mayor grandeza que se oculta en la palabra «sacerdocio». Que Dios nos considere capaces de esto; que por eso llame a su servicio a hombres y, así, se una a ellos desde dentro, esto es lo que en este año hemos querido de nuevo considerar y comprender. Queríamos despertar la alegría de que Dios esté tan cerca de nosotros, y la gratitud por el hecho de que Él se confíe a nuestra debilidad; que Él nos guíe y nos ayude día tras día.*

Queríamos despertar la alegría. ¡Gracias, Santo Padre, por estas hermosas palabras! A la hora de responder a la pregunta del Resucitado: **¿me amas?**, en la que se contiene como a Pedro, la nueva llamada que nos hace el Buen Pastor, nos encontramos **más conscientes de la dificultad** del camino, de la dureza de la secularización que no sólo afecta a los alejados, sino que toca y fuertemente a los más cercanos, y hasta a nosotros mismos, de la ausencia de fruto en tantas iniciativas fallidas; *hemos pasado la noche entera bregando y no hemos pescado nada*. Y nos encontramos **más conscientes de nuestra debilidad**, nos faltan las fuerzas, estamos cansados, y el desgaste que producen las dificultades, las frustraciones, nos llevaron a resignarnos, y apareció la tristeza en el ejercicio del ministerio, la monotonía y la rutina. Y, quiera el Amor del Señor hacernos también cada vez **más conscientes de la fuerza de su Presencia**. Aunque veamos que muchos discípulos se echan atrás y no vuelven a ir con él, que podamos decir con Pedro y como él: *Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que Tú eres el Santo de Dios* (Juan 6, 66-69)

El texto de Lucas que hemos escuchado hoy nos muestra a una sinagoga que *tenía los ojos fijos en él*, fijos en Cristo, y los oídos fijos en su palabra: *Es el Espíritu, está aquí*. Una Iglesia como la Iglesia de nuestros días, que se plantea y se replantea la única tarea importante que le es confiada, la Nueva Evangelización, tiene necesidad de *fijar los ojos en su Señor*, el ungido y enviado; tiene necesidad de recuperar la mirada esencial a lo más fundamental, y de buscar continuamente la coherencia de vida con esa mirada a Él: *Afijad los ojos en el que inició y completa nuestra fe: Jesús, que renunciando al gozo inmediato, soportó la cruz, sin miedo a la ignominia y ahora está sentado a la derecha del Padre. Recordad al que soportó la oposición de los pecadores, y no os canséis ni perdáis el ánimo* (Hebreos 12, 2-3). El fijar los ojos en Jesús nos evita perdernos en el cansancio o desanimarnos ante la oposición y las dificultades.

Recuperemos la mirada esencial a lo más fundamental, el encuentro personal con Jesús, busquemos continuamente la coherencia de vida con esta mirada, y oyendo a Jesús que habla, acerquémonos a las fuentes del Espíritu: la Palabra de Dios acogida en la oración, los Sacramentos de la Iglesia, la comunión del Presbiterio y de la Diócesis, el anuncio esperanzado del Evangelio a los pobres. El 5 de agosto de 1968, Mons. Ignacio Hazim, metropolitano ortodoxo de Latakia, en Siria, pronunció un famoso discurso en la inauguración de la Conferencia Ecuménica de Upsala, en Suecia. Este discurso inaugural llevaba por título las palabras del Apocalipsis: "*He aquí que hago nuevas todas las cosas*" (Apoc 21, 5). En este discurso destacan los siguientes hermosos párrafos, que nos hablan de la acción del Espíritu en nosotros:

Sin el Espíritu Santo
Dios está lejos,
Cristo queda en el pasado,
el Evangelio es letra muerta,
la Iglesia es simple organización,
la autoridad, despotismo,
la misión, una propaganda,
el culto, una evocación mágica
el obrar cristiano una moral de esclavos.

Pero en el Espíritu Santo
y en permanente comunión con Él,
el cosmos se alza y gime dando a luz al Reino,
Cristo Resucitado está siempre presente,
el Evangelio es fuerza de vida,
la Iglesia una comunión trinitaria,
la autoridad, un servicio liberador,
la misión, un nuevo Pentecostés
la liturgia, memorial y anticipación,
y todo el obrar humano queda deificado

Que el Señor nos bendiga con su amor y nos llene de amor mutuo.

